

EPIDEMIA DE SUICIDIOS EN LOS MUNICIPALES

Siete agentes de Madrid se mataron en 2012. El último, Lázaro, se pegó un tiro en su casa la semana pasada. Cada vez retiran más armas a los policías, por precaución. «En 31 años de servicio no había visto nada igual... Y los que vendrán», denuncia un agente

Seré policía hasta el día que me muera. Por eso nunca quiso entregarse a HK Parabellum. Por eso Antonio se fue tragando, patrulla tras patrulla en aquel Citroën azul y blanco de la municipal, el pesado marrón en silencio. Un día tras otro. Hasta el final.

—Ya ni me miran, Encarna, ni me hablan... Me tratan [los compañeros] como si yo no existiera. Como si no valiera para nada...

Los malos, los de verdad, contra los que Antonio Ocaña llevabamos de tres décadas luchando, yo no estaba para él en las calles de Madrid. Los tenía el agente en su propio cuartel de Carabanchel. Por eso no había noche en que no llegara a casa con la cabeza baja, un hombretón

de 55, se disparó en la cabeza. Alejandro, de 30, ocho años de policía, falleció tras arrojarse por una ventana de su piso... Así hasta siete muertes provocadas [sin contar los intentos, aún sin cuantificar] de agentes de la capital en 2012.

Una epidemia. El colofón del *casus horribilis* de los uniformados llegó la semana pasada, en la víspera de Santos Inocentes. Lázaro, 47 años y padre de dos hijos, se pegó un tiro con su pistola en su propia casa. Nombres, todos ellos, que hablan de una realidad silenciada. ¿Quién será el próximo?, se preguntan en las familias de policías locales de Madrid. «La presión se hace insoportable y muchos compañeros aguantan como pueden el tirón con ansiolíticos y

antidepresivos porque tienen miedo de perder su trabajo», denuncia Alberto Mate, del sindicato Unión de Policía Municipal (UPM).

«Estamos retirando, por precaución, cada vez más armas reglamentarias a los agentes», tuerca el doctor José Rafael Egea, responsable del departamento de Salud Laboral y Prevención de la Policía Municipal de Madrid, sin especificar el número de armas. Con 26 años de experiencia, Egea reconoce que los trastornos psicológicos entre los uniformados han ido a más en los últimos cuatro años. «Hoy, de cada 10 que vienen a diario a la consulta, cuatro tienen problemas, en distinto grado, de conducta. Los diagnosticamos pero no podemos darles la baja o el alta médica. Tiene que hacerlo su mé-

dico de la sanidad pública. Pero con más frecuencia de la debida esto no pasa. También están saturados de enfermos. Y es un peligro. Ha habido casos de policías con psicosis que han estado de servicio, cuando en realidad lo que deberían haber hecho sus médicos de la Seguridad Social es apartarlos de los focos de estrés. Por nuestra parte, no podemos hacer más, somos sólo tres, incluido un psiquiatra, y estamos desbordados de pacientes». De los siete suicidas, cuatro habían estado de baja por depresión.

Más delincuencia en las calles, más horas de trabajo y menos sueldo, problemas personales de conciencia ante los desahucios («son cada vez más los policías que llegan al momento se rebelan», según los sindicatos), amenaza de expedientes, reducción de los tiempos de descanso... La situación ha llegado a tal extremo que la propia UPM, en una carta remitida con urgencia a la subdirectora general de Recursos Humanos de la policía municipal de Madrid, Pilar Covadonga Montero, justamente un día después [28 de diciembre] de que el agente Lázaro cerrara con su muerte la ola de suicidios de 2012, habla de «alma entre todos los funcionarios de policía de este Cuerpo».

«Ni el reconocimiento médico anual ni los test de conducta han servido para evitar este elevado número de desgracias», asegura el municipal y sindicalista Alberto Mate. «Si los que mandan de verdad en la seguridad, los políticos, no se toman en serio las condiciones de trabajo y la salud mental, los suicidios podrán ir a más». En 2011 fueron tres en toda España. Y en el año que acaba de finalizar, sólo en Madrid se han producido siete. Uno cada dos meses.

El clima de crispación es tal, que de forma espontánea han surgido en la mayoría de las Unidades [así llaman a sus cuarteles] actos de protesta desesperados, en forma de peleles vestidos de policías para denunciar su desesperación.

Muchos apuntan a Alberto Ruiz-Gallardón como artífice del malestar reinante hoy mientras estuvo al frente de la alcaldía de Madrid, entre 2003 y 2011. Según la UPM, el ahora ministro de Justicia (puso a sus

agentes municipales en labores propias de la policía nacional, obligándoles a asumir la investigación de delitos graves, como asesinatos o tráfico de estupefacientes, para los cuales no estaban preparados). Además, «eliminó la ayuda que se daba a los policías con problemas de alcoholismo o de drogadicción para que pudieran rehabilitarse y tener una segunda oportunidad. Actualmente, el problema se resuelve con expedientes disciplinarios graves y la expulsión del cuerpo».

No quedan ahí las acusaciones. «Muchos de los policías que intervinieron en el rescate de la víctimas el 11-M, aquejados de estrés post-traumático, solicitaron una atención especial. La respuesta fue negativa. Les dijeron que se dirigieran a los servicios previstos por la Comunidad de Madrid para los afectados en general». [Ni en el sindicato pueden precisar si alguno de los siete suici-

dados en 2012 vivió en primera línea aquella tragedia]. Esta semana, con el balance de la tragedia en Madrid aún fresco, el suicidio laboral ha saltado a las páginas de la prensa en Francia, donde 400 personas consumaron el acto fatal en 2012. La mitad, en París y alrededores. Uno de los colectivos más tocados ha sido precisamente el del orden, víctima de recortes como en España. Cuatro policías se suicidaron en sólo ocho días. El último, en Nochebuena. Los cuatro se dispararon en sus respectivos lugares de trabajo. Muertes que a menudo se asocian al estrés laboral. Y que los galos conocen puntualmente. Pues, a diferencia de aquí, el suicidio no es un tabú en el país vecino. Se dan cifras y se intentan buscar soluciones.

En la mente de todos están los 60 suicidios registrados en la multinacional France Télécom desde 2008 a 2010. Veinte al año en una población que ronda los 110.000 empleados



Encarna sostiene una foto de su marido, Antonio Ocaña. JIMBER BARRONCHO



Antonio Ocaña, segundo por la derecha, con compañeros policías municipales de Madrid. ALBUM FAMILIAR

de 1,83 de altura, hundido y sin palabras. Con la tormenta de la depresión descargando en su cerebro. Así dos años. Hasta el bajón definitivo. Antonio, 59 años —«Policía hasta la muerte»— dejó su pistola reglamentaria en el dormitorio, se encerró en el cuarto de baño y allí mismo se ahorcó. En soledad, como había vivido de piel adentro —«Para no herirme a mí ni a los chicos», piensa Encarna, la esposa—.

El suyo no es un caso único en el cuerpo de los municipales de Madrid. Juan José, de 54 años, se metió

LOS SINDICATOS DICEN QUE GALLARDÓN LES ENCARGÓ TAREAS DE LA POLICÍA NACIONAL, PARA LAS QUE NO ESTABAN PREPARADOS

«SERÉ POLICÍA HASTA EL DÍA QUE ME MUERA», DECÍA ANTONIO, CON TRES DÉCADAS EN EL CUERPO. SE AHORCÓ

18,18 por cada 100.000. Mientras que con sólo 6.500 efectivos, en la policía local de Madrid se ha producido siete en 2012: 108 por 100.000. En proporción, seis veces más en el cuerpo de municipales. La motivación de los trabajadores, señala ahora France Télécom, imputada judicialmente por la muerte, será el primer paso para sanar la herida.

«En mis 31 años de servicio, yo no había visto tantos suicidios como ahora. Y no sólo en Madrid, actualmente con una conflictividad laboral extrema, también se han producido en Barcelona [tres en 2012], otro en Badajoz... Y los que vendrán», dispara el líder del Sindicato Profesional de Policías Municipales en La Rioja, Guillermo Chinchurreta. «No sé si debido a los recortes por la crisis o por qué motivos. Lo que no se puede seguir ignorando por más tiempo es que algo gordo está ocurriendo».

El cabo Baudilio, 55 años y padre de dos hijos, también patrullaba las

calles de Madrid. Considerado por algunos de sus compañeros como un policía «servicial y justo», el turno de noche lo había convertido en un agente quemado más. Después de estar 10 años de baja se quitó en medio pegándose un tiro, a las 11 de la noche, en su Unidad de Chamberí. Otros, como Lázaro, 21 años de servicio, casado y con dos hijos menores de edad, llegan a sus destinos tocados. Lázaro estaba en la Unidad Integral del distrito de Retiro, una dependencia donde se ve de todo. Desde asuntos de tráfico hasta casos de violencia doméstica. Dicen quienes lo conocieron que «el estrés acumulador en la profesión y, tal vez, algunos problemas personales», lo habrían llevado al suicidio.

Este viernes, Crónica intentó ponerse en contacto con la subdirectora general de Recursos Humanos de la policía, Pilar Montero. Estaba de vacaciones. Dejamos el recado y un móvil de contacto para la jefa del

6 veces más que en France Telecom

La Sociedad Española de Psiquiatría Legal calcula una tasa de suicidios de 10,5 por cada 100.000 habitantes, es decir, 4.500 muertes anuales, superior al número de fallecimientos por accidentes de tráfico, cáncer y en enfermedades cardiovasculares. Entre los municipales de Madrid, la tasa en 2012 fue diez veces superior: 108 por cada 100.000. Y sólo está ocurriendo en la capital. Los suicidios de agentes en el resto de España son puntuales. Sonado fue el del jefe de los policías de Badajoz (se disparó con su pistola en su despacho). O el de un municipal de Bétera (Valencia), que quiso suicidarse tras matar a un colega. **SUPERA A LA EMPRESA DE LOS SUICIDIOS.** La tasa de los municipales de Madrid (108 por cada 100.000) supera en seis veces la de la célebre France Télécom (18,18 cada 100.000). **POR PROFESIONES.** Los policías, pese a trabajar con armas, no están entre los profesionales más afectados por los suicidios. Los primeros son los médicos, seguidos de farmacéuticos, enfermeras y militares.

servicio, María Jesús Pérez. Estaba reunida. Al cierre de este suplemento seguíamos sin respuesta.

En la familia de Antonio no hay día sin llanto. «¿Qué te pasa?», re-

cuerda su esposa que le decía nada más llegar a casa. Pero él no se explicaba. Y a Encarna, a sanitaria del Hospital La Paz, le costaba más y más reconocer al hombre y al poli-

cia con el que llevaba 30 años casada. «Un día me dijo que quería cambiar de agrupación, que le estaban haciendo la vida imposible en el trabajo [Encarna rompe a llorar]. Él era muy buena persona, no aguantaba las injusticias... Pero todo lo que tenía de bondadoso le faltaba de carácter. Cayó en una depresión tan profunda que intentó suicidarse ingiriendo ocho botes de pastillas... Luego, vino el final...». Encarna vuelve a quedarse muda. «Tenemos un hijo biológico de 28 años y otro marroquí, del que nos hicimos cargo. Mi marido lo adoraba. Supimos de él cuando lo llevaron a La Paz tras ser atropellado. Tenía 14 años y había llegado a España agarrándose a los bajos de un camión. Se hizo topógrafo y ahora tiene 32 años. Mi marido y yo pensábamos ir a Marruecos en verano para conocer a su familia. Pero ahora, qué... Aún me cuesta creer el vuelco que nos ha dado la vida...».